

dar el problema filosófico; limitando su trabajo á una exposición histórica, circunscrita todavía por el tiempo y el objeto, y hasta por condiciones editoriales, era imposible que tratara íntegramente el asunto que á toda la Historia humana afecta y á la Filosofía trasciende, ni que dejara por consiguiente de ofrecer vacíos que son en rigor exteriores á los límites de la obra. Mérito singular de ésta es que su lectura despierte y promueva reflexiones más profundas, y abra al pensamiento más dilatados horizontes que los que aparecen materialmente consignados por el autor. Si hemos querido bosquejar algunos términos que no aparecen definidos ni expuestos en las interesantes páginas con que ese ilustre hijo del nuevo mundo de la libertad aspira á sellar los negros fastos del viejo mundo de la intolerancia, no ha sido en verdad porque las hallemos deficientes, dados el fin y propósito á que responden; mas por indicar á los lectores de nuestro pueblo la altísima y universal trascendencia del problema, una de cuyas fases sólo, y aun esto parcialmente, se le ofrecen por un espíritu noble y generoso en la presente traducción.

Excusado es ahora, y hasta perjudicial sería, pues habríamos de retardar la grata é instructiva ocupación con que brinda el libro, que nos detuviéramos á exponer y juzgar su rico y bello contenido. Baste, para animar en el fecundo empeño de prestarle asidua atención, decir: que todas las cuestiones que interesan á la vida espiritual del in-

dividuo y de los pueblos, desde la unidad de Dios y la naturaleza y destino del alma hasta el gobierno del Mundo y la independencia y libertad de las naciones, se hallan expuestas con tal conocimiento de los sucesivos progresos en su racional solución cumplidos y de las trabas, anatemas y persecuciones opuestas por la intolerancia religiosa desde la formación del Cristianismo hasta hoy, que difícilmente podría ensayarse otra tan acabada, viva y elocuente representación del grandioso drama en que los seculares conflictos entre la fe positiva y la Razón se vienen desenvolviendo.

No queremos prescindir, sin embargo, de aducir alguna breve consideración sobre ciertas cuestiones, en que más resaltan el sentido que ha inspirado la obra y el criterio á que el autor obedece. Un sentimiento de justicia nos mueve y hasta obliga á ello; que si admiración y sincero elogio le tributamos, no debemos ocultar lo que nos parece deficiente ó sujeto á cierta estrechez de espíritu en la concepción de la Ciencia.

Aun sin contar la extensión y elevación de cultura que en el remoto Oriente alcanzaron sobre todo las razas arias, y que en la Religión como en el Arte y la Filosofía y hasta en el saber positivo de la observación natural, constituyen un período brillante y aun solemne por la majestuosa fecundidad de la fantasía y la profundidad de las ideas, parecemos de todo punto injustificable referir el origen de la Ciencia á la fundación del Museo de Alejandría:

como si pudieran relegarse al ínfimo papel de frustráneos ensayos ó fantásticas irreflexivas concepciones las profundas y sistemáticas doctrinas que con tan regular y legítimo proceso fué produciendo y desarrollando el maravilloso espíritu del pueblo griego. Podría quedar inapercibido el movimiento antesocrático por la falta de monumentos escritos, que no alcanza á suplir la tradición y por la deficiencia y manquedad de las observaciones y teorías, siendo en rigor injusto menospreciar el *naturalismo dinámico* de la escuela jónica, y el *idealismo matemático* de la escuela itálica, y el *panteísmo dialéctico* y el *atomismo mecánico* de las escuelas metafísica y física de Elea, y el *espiritualismo* de Anaxágoras, y el *racionalismo* que pudiéramos llamar *evolutivo ó transformista* de Heráclito, con que se preparaba una concepción unitaria del Mundo, y se destruía el antropomorfismo mitológico, y se abría el camino de la observación y la inducción científicas, y se despertaba la Razón al conocimiento reflexivo de los principios y leyes de la Realidad, y se hacía posible la aparición de los genios superiores de Platón y Aristóteles, y hasta se formulaban doctrinas á que la Ciencia vuelve con reconocimiento profundo en nuestro tiempo. Tratando de estudiar la cultura intelectual de Europa, que en relación con el Cristianismo se desenvuelve, es, en nuestra opinión, injustificable prescindir de estos precedentes y fijarse sólo en el momento en que se produce el sincretismo greco-

oriental, imposible por otra parte de conocer y apreciar rectamente, sin el máspreciado y decisivo elemento que su composición entraña. ¡Cuánto más lo será el desconocimiento ú olvido de la trascendental influencia y hasta del secular imperio que en el mundo intelectual han ejercido y ejercen todavía las dos capitales direcciones socráticas! El idealismo cristiano es, sin la dialéctica de Platón, inconcebible. El evangelio metafísico que fija la doctrina del Verbo, ¿qué otra cosa es que una concepción platónica? Los dogmas que en los primeros siglos se elaboran y que tan lógico proceso siguen desde la Trinidad á la gracia, ¿cómo podrían entenderse ni explicarse, sin la fusión de los elementos arios y semíticos bajo los principios del espiritualismo socrático? Fácil sería demostrar en cada herejía como en cada dogma esta filiación é influencia; pero excede de los límites que nos hemos impuesto. Y si en la formación dogmática del Cristianismo apenas aparece la influencia aristotélica, ¿cuál no fué en cambio su poder cuando la inspiración ideal se hubo concretado en doctrina? Aristóteles compartió en la Edad Media, ¿qué digo compartió?, superó á la autoridad de los Padres de la Iglesia y de los Concilios. Bien pudieran señalarse dos períodos caracterizados por la influencia de los dos maestros de la filosofía griega: hasta San Agustín inclusive impera Platón; después del Doctor de la gracia comienza el imperio de Aristóteles. Alterada y mutilada, sin duda más que por la mediación árabe, por

el estrecho espíritu de la Escolástica cristiana, quedó infecunda é ignorada la teoría de la inducción, que constituye la parte más elevada y esencial de la lógica aristotélica y el punto de congruencia con la dialéctica platónica, hasta el punto de que el autor del *Novum Organum* acusara injustamente al Estagirita por la mutilación del entendimiento que el mero procedimiento silogístico envolvía.

Mas, dejando aparte el valor de las especulaciones filosóficas ¿cómo no contar dentro de los orígenes, y aun de la creciente formación de la Ciencia, las delicadas, profundas y extensas observaciones del enciclopédico saber de Aristóteles, á quien hoy mismo tienen que reconocer como un maestro los naturalistas más eminentes? (Haeckel). ¿Cómo en justicia limitarse á decir que prestó su espíritu científico á los sabios del Museo alejandrino? ¿Ni con qué razón, de otro lado, se rebaja el valor de la filosofía platónica al decir que caracterizó la decadencia de la escuela de Alejandría? Sin duda que el neo-platonismo degeneró en las visiones místicas á que propendía el espíritu del tiempo; pero ¿quién puede negar ni desconocer siquiera la profundidad y trascendencia del idealismo que entraña un capital problema para la Ciencia humana, sin el que sería deficiente toda construcción científica y quedaría la inteligencia mutilada? No pretendemos rebajar en un ápice la positiva elevación y engrandecimiento del saber que siguieron á las conquistas de Alejandro. La observación de regiones y climas

diversos, el espectáculo del Oceano y del desierto, la impresión de creaciones orgánicas desconocidas, las gigantescas maravillas del arte, los conocimientos astronómicos, la comunicación de razas y civilizaciones, la más amplia contemplación, en suma, del mundo de la Naturaleza y de la Historia que el héroe macedonio ofreció y hasta impuso al delicado y ya culto espíritu de los griegos, marcó sin duda un solemne momento en la formación de la Ciencia, que se encarnó en la fundación del Museo donde todos aquellos elementos se recogieron con religioso afán y cultivaron con inspiración fecunda. Mas no por esto puede afirmarse que en aquella hora y en aquel punto naciera la Ciencia; como no quiera significarse con ello que entonces se organizó como una función pública. El material de investigación y enseñanza, la fundación de bibliotecas, la división de los estudios en cuatro facultades, Literatura, Matemáticas, Astronomía y Medicina, la asistencia de 14.000 alumnos, los descubrimientos físicos, químicos y astronómicos que siguieron, cosas son en verdad que exceden á cuanto antes se hiciera más por esfuerzos del genio que con la cooperación social y la protección del Estado. Pero de aquí á declarar que hasta entonces no había aparecido la Ciencia entre los hombres media un abismo, comparable al que pretende establecer la Iglesia católica entre ella y las demás comuniones á que niega el título y carácter de Religión confundiendo con el ateísmo. Ni aun admitiendo, lo que parece

inferirse del sentido de Draper, que no hay más Ciencia que la de la observación natural, con lo cual se niega todo un mundo á la investigación, el mundo de las ideas, indispensables ciertamente para entender y sistematizar los datos empíricos, y se prejuzga negativamente la existencia del Espíritu, y se reduce la Conciencia á la relación exterior sensible, y se destierra del reino infinito de la Verdad la indagación del Principio absoluto de la Realidad y de la Vida, cosas que, como cuestionables al menos, nadie puede desechar en razón; ni aun así, decimos, sería exacta la afirmación de que el origen de la Ciencia está en la fundación del Museo alexandrino. Y en el proceso tan racional y legítimo del total objeto de la Historia dentro de los particulares límites y relativas desviaciones de la libertad humana bien puede hoy reconocerse que, mientras del Oriente venían maravillosos datos de una anterior cultura, donde más habían predominado las fuerzas y facultades espontáneas del Hombre en relación á la Naturaleza y la fantasía, se preparaba la Grecia, por la reflexión y disciplina intelectual, á interpretar aquellos datos con la luz de las ideas para formar una superior construcción científica. Tal es, en nuestro sentir, la verdadera significación é importancia del sincretismo greco-oriental, que tuvo su foco en el punto intermedio entre los pueblos cuyas civilizaciones condensaba, y donde más tarde pudieran hacer estación y como bautizarse en su espíritu las nuevas concepciones que debían sur-

gir de aquella mística sublime cópula. Por lo demás, es lo cierto que el origen de la Ciencia no puede ponerse ni aquí, ni allí; nace en el momento en que se despierta el Hombre á la reflexión sobre la universal presencia que la Realidad le ofrece. Eterna relación de la conciencia del hombre, sería imposible que éste existiera sin que la luz más ó menos diáfana y directa de la Verdad le iluminara; sólo que en la medida que el sujeto atiende, en esa la ve y conoce. Como el Sol irradia su luz en nuestro cielo sin importarle que haya ojo que la perciba y contemple, la Conciencia ilumina nuestro sér, aunque el distraído ó ciego no la vean.

Otra cuestión de capitalísima importancia para apreciar el respectivo valor de las dos civilizaciones que con tanta copia de datos se examinan en el presente libro, es la particular composición de los elementos semítico y arriano que caracteriza al Cristianismo. De no haberle prestado la consideración que merece pende sin duda la sobrestima que, en nuestro sentir, dispensa sin razón ni justicia histórica el ilustre profesor Draper á la religión de Mahoma y á la esplendente, fantástica y voluptuosa, más que profunda, reflexiva y severa cultura que entre los árabes promueve y difunde. Ya que los límites y condiciones de este ligero trabajo no consientan discutir y dilucidar suficientemente tema de tal trascendencia histórica, permítasenos al menos aducir alguna indicación que preste á nuestro aserto el valor objetivo necesario para oponer-

se á la respetable autoridad personal que abona la opinión contraria.

Infundado sería afirmar, por la mera relación del tiempo, la superioridad del Mahometismo; que no sigue el progreso humano, ni la evolución en todas las esferas de la vida una línea recta ascendente, antes se extiende y desvía para envolver y recoger múltiples relaciones, concentrándolas en parciales conciertos y composiciones que á través de contradicción y antagonismo históricos sirven de elementos á construcciones más elevadas y comprensivas. El progreso es orgánico como la vida, y no puede tener su forma adecuada en la simple línea recta. Sobre que la libertad y originalidad de individuos y pueblos y las condiciones y límites en que su actividad se determina, producen excentricidades y desviaciones con que sería imposible desplegar su rica variedad en aquel estrecho y monótono carril. Ahora bien, sin desconocer ni menospreciar el peculiar valor y la bienhechora influencia del Islam, que regeneró naciones y razas diversas aportando elementos poderosos á la obra de la civilización, promoviendo bajo un nuevo ideal religioso el renacimiento del Oriente, difundiendo desde Bagdad á Córdoba el saber concentrado y próximo á extinguirse en Alejandría y encarnándose como *religión de los héroes*, según la feliz expresión de Gibbon, en aquellas tribus tártaras refractarias al *nirwana*, con las cuales debía derribar el corrompido y caduco imperio griego, para esparcir de un lado

nuevos gérmenes de renacimiento en Europa, y mantener de otro en el punto intermedio entre los dos continentes el antagonismo y la lucha entre la civilización oriental y occidental, mientras una más alta y racional solución se prepara á través de la Edad Moderna,—sin desconocer, repetimos, el valor y los méritos del Islam y de la cultura que promueve, es lo cierto que la unidad indeterminada y extramundana de Dios, bajo la cual compuso Mahoma con sus tradiciones nacionales otros principios de la ley judáica, y del Evangelio, y de los Nackas, y hasta los sueños de los talmudistas, formulando una doctrina religioso-política, viva expresión del genio y carácter de su raza, no deja lugar á las especulaciones filosóficas sobre las relaciones entre el Principio de la realidad y el Organismo del Mundo; y negando con su Deísmo exclusivo el principio del Verbo, del Mediador divino, si de una parte gana la verdad histórica reducida á la mera condición humana la personalidad de Cristo, disipase de otro el fecundo dogma en el cual, bajo una representación fantástica, late la profunda concepción de la inmanencia de Dios en el mundo con que las razas occidentales arias transformaron para asimilárselo el Cristianismo. Así, como doctrina teológica se identifica el Islam con la secta arriana que careció de virtud para educar á los pueblos germanos; y mientras en la consustancialidad del Verbo se compone el monoteísmo semítico con la filosofía socrática, que los Padres de la Iglesia consideraban co-

mo precedente providencial del Evangelio, la fe de Mahoma aparece como una reacción contra la Filosofía, mostrando en esto la falta de espíritu reflexivo que caracteriza á la raza semítica y que fué entre los árabes causa de su precoz engrandecimiento y de su precipitada decadencia. No vacilamos en afirmarlo: la excelencia del Cristianismo procede de la superior composición de aquellos elementos, de la compenetración del espíritu de dos razas diversas, del ingerto, si vale decir, de la unidad extramundana y personal de un poder creador en la inmanencia de la Razón que desenvuelve y encarna en la Realidad sus ideas. De aquí, la más lenta formación del ideal cristiano; mas de aquí también, la fuerza moderadora de la reflexión racional y la evolución progresiva de las imposiciones dogmáticas en conocimientos científicos, que constituye la ley de la civilización cristiano-europea.

Para mostrar ahora cómo estos principios diversos se traducen en la vida, permítasenos reproducir en parte lo que en un estudio más detenido sobre esta importantísima cuestión hemos expuesto (1).

«La unidad que Mahoma predica es tal, que niega toda oposición y variedad en la vida; ante ella desaparecen las naciones; y con ella no cabe el contraste, fecundo durante la Edad Media, entre lo espiritual y lo temporal; y en ella no se dan tér-

(1) *Introducción al Estudio sobre el Imperio árabe-español.*—«Revista de la Universidad de Madrid», t. II, n. 1.

minos medios, los elementos conservadores de toda sociedad y salvadores en las crisis históricas... Ni la individualidad de un pueblo, ni el contraste y equilibrio de los poderes, ni la sustantividad de las instituciones, condición del organismo social, ni la propiedad en las relaciones humanas, ni la posibilidad de la reforma y el progreso, como ley de la actividad, pueden constituirse ni subsistir, rechazada en principio toda oposición y composición al afirmar el puro Deísmo y negar toda esencial relación entre lo finito y lo infinito, tan admirablemente representada para el mundo occidental-germánico en el Mediador divino. Si á esto, que procede de la idea, se agrega el carácter con ella tan simpático de la raza, comprenderáse fácilmente cómo ni la libertad, ni el derecho aparecen en la civilización musulmana con el propio sustantivo valor que una firme constitución de la sociedad reclama. Todo depende de la religión que liga por la fe, pero no de la Razón que une y distingue juntamente en propias y concertadas relaciones.

»Ley á la par religiosa y civil el *Korán*, á la vez que impedía y condenaba toda reforma y progreso políticos, que no podían cumplirse sino mediante la aparición de nuevos profetas y con la escisión del Islam, reducía la igualdad de los creyentes á la igualdad de la servidumbre ante el Califa, y hacia de la tolerancia religiosa principio, no de unión, sino de disolución social. Ni Iglesia ni Estado pudieron constituir verdaderamente los musulimes por

la confusión de estas dos esferas fundamentales de la vida. No hay progresiva formación de la fe, porque no tienen, como el Catolicismo en los concilios, una orgánica comunión de fieles que razone y discuta con unidad de espíritu el contenido de sus dogmas, concertando la tradición con los progresos de la inteligencia en las doctrinas religiosas, según aquel fecundo principio que declaró San Anselmo: *Fides quærens intellectum*. De aquí que mientras la Filosofía, expresión del mediador común en la vida humana, se va formando al lado de la religión entre los pueblos occidentales, y llega á elevar por su propio camino el Espíritu á Dios, la inspiración calenturienta es la única fuente del ideal religioso entre los árabes. No se constituye la sociedad según propias condiciones y relaciones jurídicas, ni mediante instituciones se organizan las clases sociales, faltando por completo términos medios y conservadores del orden político, con los cuales pudiera asentarse sobre fuertes pilares la organización del Estado y consagrarse la libertad del ciudadano. Por eso el absolutismo teocrático, siempre opresor y frágil, va acompañado de la anarquía y se halla expuesto en nombre de la religión á violentas insurrecciones, que la insolidaridad y el antagonismo de las razas, y aun la tendencia de éstas á la vida nómada, exacerban y alimentan.

»Casi al mismo tiempo se fundan los dos grandes imperios, el cristiano y el musulmán; pero mientras en el siglo x la Europa se fracciona en multi-

tud de pequeñas soberanías, conservándose sin embargo la unidad temporal en el Imperio, y afirmándose sobre todo la suprema espiritual en el Pontificado, como lazos comunes de una misma civilización que con peculiar originalidad prosiguen los pueblos europeos, el Califato se disuelve en multitud de dinastías enemigas por el antagonismo de las razas y la diversidad de creencias.

»Estos dos gérmenes de disolución debían traer necesariamente la ruina de la unidad árabe. Yuxtapuestas las razas, pero no fundidas ni unificadas, sin otro lazo que el de la conquista y el tributo, quedaron divididas en radical oposición, que la diferencia y aun enemiga de la fe ahondaban. Esto precipitó la ruina de los musulimes en España; esto ha favorecido la emancipación de Grecia, y esto, que recientemente produjera la insurrección de Candía (y aun hoy mismo provoca y mantiene la de la Herzegowina); concluirá acaso por disolver el Imperio otomano de Europa. Demás de que la fe supuesta revelada era tanto como lazo de unión para los creyentes, de división con los infieles, á quienes el Islam mandaba aborrecer como al perro,—el animal impuro,—la tolerancia, que para facilitar la conquista había predicado Mahoma, y practicaron los árabes, permitiendo la coexistencia de religiones rivales en una misma sociedad no constituida por el vínculo común humano del derecho, perpetuó la división de las razas. No supieron los musulmanes hacer de la unidad religiosa el